Domingo 13 de marzo de 1994

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

8 El otro Horacio Quiroga: escritos desconocidos



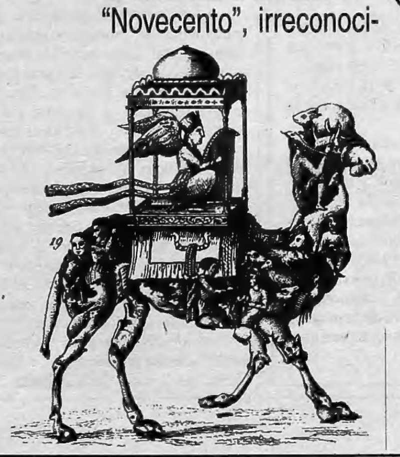
EL ULTIMO FILM DE BERNARDO BERTOLUCCI, "PEQUEÑO BUDA", PARTE DE LA MODA NEW AGE QUE RECUPERA AL BUDISMO

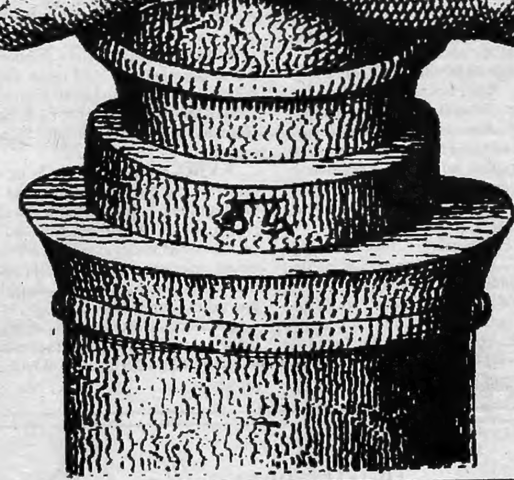
BUDA VUELVE Y VENCE



Con "Pequeño Buda", la última película del director italiano Bernardo Bertolucci –quien cierra así su trilogía exótica inaugurada por "El último emperador" y seguida por "Refugio para el amor"– vuelve la moda del budismo, que ya había tenido su cuarto de hora en los contraculturales años 60, compartiendo el cartel con gurúes indios y chamanes mexicanos. "Yo crecí creyendo en la transgresión, no en la compasión. Con el Dalai Lama comprendí que la compasión es un ejercicio de la inteligencia", declaró el director de "Novecento", irreconocible de tanta paz interior, como otros famosos y budistas como Richard Gere, Oliver Stone o Tina Turner. En las páginas 2/3, una interpretación del fenómeno renaciente, un pequeño diccionario para saber cuándo usar bien términos como el tan meneado "karma" y una guía al circuito budista que va de Hollywood al barrio de Belgrano; en las páginas 4/5, una explicación seria de la filosofía budista y la adhesión al Siddharta, junto con un anticipo de la biografía novelada "Buda, el príncipe guerrero", de Kyra Pahlen, que esta semana distribuye Espasa Calpe.



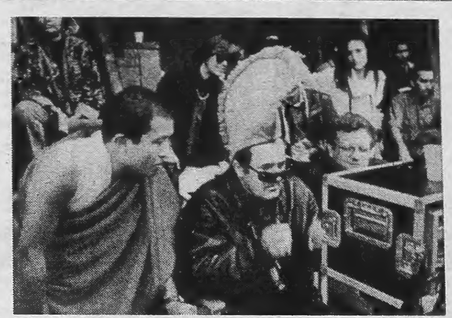






EL CONSUMO OCCIDENTAL DE EXOTISMO LO ALCANZO

BUDAMANIA



Bertolucci en la filmación de "Pequeño Buda". Abajo, Keanu Reeves como Siddharta. Derecha: el superbudista Richard Gere se toma de las manos con el Dalai Lama.

ROLANDO GRAÑA

En la new age, la necesidad de vida interior en oposición al consumismo empezó a popularizar –de tanto fatigar palabras hoy familiares por usos no budistas como "karma", "nirvana" o "samsara"– la fascinación por Buda, ya conocida en los años 60 cuando Siddharta, gurúes y chamanes eran objeto de culto. Con la última película de Bernardo Bertolucci, "Pequeño Buda", se confirma el volver a vivir del budismo en Occidente, quizá como moda pasajera o quizá como una religión que ofrece respuestas no reaccionarias para varios de los grandes dilemas del postindustrialismo.



Casi se convierte en el primer mártir maldito del rock de los 90 y no precisamente gracias a la meditación. Kurt Cobain, muchacho *grunge*, neohippie o como se llame, mezcló somníferos con champagne y casi pasa a mejor vida. Su trío: Nirvana. Ya sea por necesidad de exotismo, ya por estilización new age, uno de los últimos perfumes de Guerlain se llama Samsara. Mientras el Papa amenaza con la excomunión y casi con la hoguera a los legisladores que insistan en legitimar los matrimonios gays, el Dalai Lama asegura que con la homosexualidad está todo O.K. Hace un mes por poco nos quedamos sin Richard Gere: se lo creyó perdido en el Himalaya en uno de sus habituales retiros meditativos. Por esos días, se estrenó en Buenos Aires *Entre el cielo y la tierra*, en la que Oliver Stone narra el calvario de la mujer vietnamita que lo convirtió al budismo. "Yo no soy creyente. Estoy fascinado. Como diría Luis Buñuel: 'Gracias a Dios, soy ateo'. Sólo soy un gran admirador del budismo tibetano", dice Bernardo Bertolucci a quien lo quiera oír mientras promociona su último film, *Pequeño Buda*.

En Occidente siempre hubo consumo de lo exótico y parece que esta vez le tocó al budismo, que ya en los 60 había compartido la vidriera contracultural de los hippies junto a gurúes indios y chamanes mexicanos. Sin embargo, en varias capitales del mundo se nota hoy una corriente más profunda de simpatía hacia esta religión tolerante, que ofrece respuestas no reaccionarias para varios de los grandes dilemas de la era posindustrial. En Europa, en Estados Unidos o en Argentina, el fenómeno es más o menos el mismo: a falta de relatos laicos de contención, jóvenes de grandes ciudades se arman una religión a la carta desfilando por diferentes cultos. Pero los móviles son parecidos: nostalgia de ritos, belleza esotérica, penuria de maestros espirituales, necesidad de trascendencia frente a la rueca cotidiana de consumo y olvido.

En este contexto, el budismo goza de óptimo marketing y está bien posicionado para ofrecerse como una "tercera vía" espiritual, ascética frente a la orgía del consumo y alejada de los fundamentalismos (árabes, cristianos, judíos o hindúes). Para muchos, el encanto de esta religión, la cuarta del mundo en importancia, con más de trescientos cincuenta millones de seguidores en sus diferentes variantes, reside justamente en su compatibilidad (como si de hardware se tratara) con otros cultos. "Me gusta que sea una filosofía de participación y tolerancia. Puedo creer en Jesús y en Buda", argumenta Oliver Stone, resumiendo este nuevo tipo de sincretismo. Algo parecido ocurre con el culto al gurú Sai Baba, otro que no reclama exclusividad para las plegarias.

Por supuesto, los motivos por los cuales los occidentales se acercan al budismo son diversos y no siempre tan filosóficos. La meditación, técnica que comparte con los diferentes cultos hindúes, es su carta fuerte de presentación. Claro que aquí aparecen los que advierten los límites de este tipo de adhesiones. "Asisten a dos o tres sesiones de meditación por semana como si fueran a terapia o a gimnasia. Sin embargo, cuando salen de ahí siguen siendo los mismos occidentales enfurecidos de antes", suele señalar Jaime Barylko, filósofo especialista en temas orientales.

Sea como fuere, el imán del budismo habla de un nuevo malestar en la cultura cuyo obvio diagnóstico son los límites del eje occidental por antonomasia: Progreso-Razón-Individuo-Consumo-Exito. En *El cansancio de Occidente* los filósofos españoles Rafael Argullol y Eugenio Trías se preguntan hasta qué punto en la demonización de los fundamentalismos islámicos y en el desprecio de todos los que no adscriben al programa de la modernidad no subyace "una envidia hacia culturas que, aunque consideradas miserables, tienen una fuerza espiritual de la cual Occidente en estos momentos está desposeída totalmente". Aplicado al budismo esto sería: ¿qué les ven los occidentales a los lamas tibetanos o a los monjes zen japoneses, tan austeros ellos, tan apartados de antenas parabólicas, supermercados y videogames, despreciando todo lo que el mundo moderno idolatra y honrando la humildad, la generosidad, la contemplación, virtudes que mucho se pregonan pero poco se ejercen?

Chris Isaak, rocker y uno de los protagonistas de *Pequeño Buda*, así lo resume con candidez hollywoodense: "Creo que sería capaz de vivir allí (habla de Bután, reino budista perdido entre la India y China y cerrado a toda influencia occidental). Mujeres guapas, gente guapa, un montón de niños cordiales. Y aunque la gente no tiene mucho, parece bastante feliz. No parecía que estuvieran muriéndose de hambre y no se veía mucha basura ni cosas superfluas. Era como vivir en un parque nacional".

Pero, más allá de la austeridad, la piedad o la tolerancia (que no es precisamente lo que caracteriza a algunos países budistas como Tailandia, donde el boom económico trajo también prostitución generalizada y una inaudita industria de niños todo servicio) también seduce a los occidentales una noción de Sujeto diferente a la que inauguró el Renacimiento. Con menos instituciones victorianas de represión que a principios de siglo, el programa freudiano de satisfacción del deseo tampoco ha dado todas las repuestas que se esperaba. Será que el egoísmo duele: "En el budismo hay una lucha constante contra el Ego. Esta obsesión por el Ego es típicamente occidental. Nos enseñan (y lo aprendemos muy bien) que tenemos que sobresalir entre la masa, tener nuestro nombre primero en los títulos y en letra más grande que el de los demás", confió Bernardo Bertolucci a **Página/12** en el Festival de Berlín.

La satisfacción de los deseos, que para los budistas, aunque no exista pecado original, forma parte del doloroso mundo del samsara, le trae al hombre conflictos con los otros. Para ser consecuente con su flamante visión budista del mundo, Bertolucci quiso hacer con *Pequeño Buda* una película sin conflicto, algo parecido a lo que logró Peter Brook con *Encuentros con hombres notables*, basada en la vida de Gurdjieff. La crítica europea no recibió muy bien esta historia de cómo el próximo dalai lama reencarnó en un rubio niño de Seattle y consideró al film didáctico en exceso, con una pía escenografía cercana al kitsch.

Por lo demás, la exégesis posmoderna del budismo se nutre de algunas consignas que llevan a apreciarlo más co-

PEQUEÑO BUDISTA ILUSTRADO

ES UN KARMA, VISTE

BUDA (O BOUDDHA): "El despierto", "El iluminado". El hombre que recibe la iluminación perfecta que permite escapar al ciclo de renacimientos (**samsara**) y que alcanzó el estado de despojamiento total (**nirvana**).

DALAI LAMA: Literalmente, "maestro cuya sabiduría es tan grande como el océano". Título honorífico acordado en 1578 al tercer superior de la escuela tibetana de Gelugpa y luego a sus sucesores, que son a la vez maestros espirituales supremos y jefes del Estado tibetano. Catorce **dalai lamas** se sucedieron y cada uno fue considerado la reencarnación de su predecesor. El actual Dalai Lama, Tenzin Gyatso (Premio Nobel de la Paz 1989) vive en el exilio desde 1959, en Dharamsala, en el norte de la India, desde donde opera para la liberación de su país, ocupado por China.

DHARMA: Ley cósmica que somete al mundo y cuyo principal aspecto es el **karma**. Por **dharma** se entiende también en términos genéricos la doctrina del Buda –verdad universal–, que fue quien primero tomó conciencia de esta ley cósmica y la formuló.

GAUTAMA: Nombre de familia del Buda, a menudo llamado también "Buda Gautama".

HINAYANA: "Pequeño vehículo". Mote despectivo con el que los seguidores del **mahayana** designaban a este budismo antiguo. El **hinayana** representa la doctrina pura y original, tal como fue predicada por el Buda. A diferencia del mahayana, el **hinayana** considera al Buda como un hombre y un maestro y no como una naturaleza trascendental.

KARMA: "Acto". Este término define tanto una acción física o psíquica como las consecuencias de esa acción. Designa también la suma de todas las consecuencias de los actos de un individuo cometidos en esta vida o en una vida anterior; por eso se habla a veces de "ley kármica". Es en este sentido que la palabra ingresó en los años 60 y por vía de la contracultura al vocabulario juvenil occidental. Cada hombre cosecha, pues, los frutos de su **karma** ya sea como placer o sufrimiento, según sea la naturaleza de esos actos.

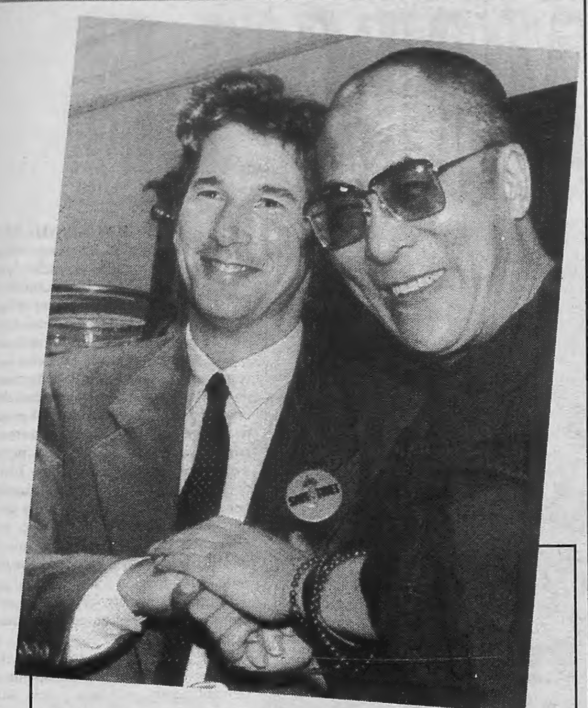
MAHAYANA: "Gran vehículo". Una de las dos ramas del budismo, aparecida en el siglo I antes de Cristo. El **mahayana** tiene por vocación la salvación de los hombres. Un pío budista del **mahayana** renunciará a disfrutar del **nirvana** si todos los seres no han sido salvados. A la inversa del **hinayana** o "pequeño vehículo", el **mahayana** no se conforma con la salvación individual y busca una apertura hacia la comunidad.

NIRVANA: Estado de iluminación caracterizado por la disolución del yo. El **nirvana** libera al hombre del ciclo infernal del **samsara** y de todas las sujeciones terrestres. Es el estado de conciencia suprema y trascendental. Es "incompleto" cuando se ha destruido toda ilusión y todo obstáculo pero aún se conserva el cuerpo. Es "perfecto" para esa persona en el momento de la muerte, cuando toda traza de **karma** desaparece.

SAMSARA: Ciclo del nacimiento, de la muerte y del renacimiento al cual están sometidos todos los hombres mientras no hayan alcanzado el **nirvana**.

SIDDHARTA: Nombre de Buda y de la novela de Herman Hesse, por supuesto. Significa "alcanzar la meta".

VAJRAYANA: "Vehículo de diamante". Rama esotérica del budismo **mahayana** que se desarrolló en el norte de la India a partir del siglo V y que existe aún hoy en el budismo tibetano. Nacida de la necesidad de extender el pensamiento budista hacia antiguas prácticas "mágicas", esta corriente se caracteriza por la importancia que concede a los ritos a los que utiliza como una suerte de método psicológico. La codificación de estos ritos en textos llamados **tantra** le ha valido al **vajrayana** el nombre de "budismo tántrico". El rol del maestro es en él esencial para progresar.



EN HOLLYWOOD COMO EN BELGRANO

R.G.

Si bien se estima que en el mundo se practican doscientas cincuenta variantes de budismo, dos son las tradiciones más importantes en Occidente: el zen y el lamaísmo tibetano.

A primera vista, el zen es el que más rápido se adaptó a las necesidades de la vida moderna y, desde Japón, avanzó hacia la Costa Este de los Estados Unidos, Hollywood incluida. Patrick Swayze, Peter Coyote, Roseanne Arnold y Herbie Hancock, entre otros famosos, son de la partida budista en su versión japonesa Nichiren Shoshu. Centrado en la búsqueda de la posición del loto, el zen facilita, según sus seguidores, el autodominio. "Cambió mis viejos esquemas de pensamiento, me enseñó a tener pensamientos positivos", escribió Tina Turner en su autobiografía y asegura que gracias al budismo encontró fuerzas para dejar a su castigador marido Ike.

Más ritual, el budismo tibetano tiene en el Dalai Lama, Premio Nobel de la Paz 1989, su mascarón de proa mediático. Tenzin Gyatso, tal su nombre original, es, como Luciano Pavarotti, como Maradona, como el Papa, uno de esos personajes del Olimpo parabólico a los que mucho se ve pero de los que poco se conoce. Sea como fuere, el Dalai Lama, que hace dos años visitó la Argentina, con su prédica ecológica y su elasticidad para enfrentar problemas contemporáneos, ha mejorado la imagen del budismo en el mundo, sobre todo si se lo compara con el Papa, cada vez más retrógrado.

En Argentina, la influencia del zen y del budismo tibetano es pareja. En el barrio chino porteño, justo al lado de la estación Barrancas de Belgrano, vale la pena conocer el templo budista de la calle Montañeses -gran estatua dorada incluida– camuflado detrás de un inocente aspecto de club social y deportivo. Más discretos, los zen criollos prefieren recoletos doyos y retiros espirituales en chacras y campos.

mo filosofía que como religión. A saber: a) el budismo es ecológico porque postula la interdependencia de todas las cosas de la naturaleza; b) es tolerante porque asegura que no hay verdad exterior al hombre ni dioses ni profetas por sobre él; c) es racional, ya que Buda les aconsejó a sus discípulos que no creyeran en nada de lo que él les enseñó sin haberlo verificado mediante la experiencia y la razón. Qué moderno.

A diferencia de otros líderes religiosos, el Dalai Lama ha demostrado ductilidad a la hora de adaptar los principios básicos del budismo a los problemas contemporáneos. Esterilizados en masa por los maoístas, los tibetanos no tienen buenos recuerdos de los anticonceptivos y el aborto. El Dalai Lama se ha pronunciado en contra, aunque contempla excepciones individuales y sociales que, por ejemplo, la Iglesia Católica no admite ni en los casos de violación.

El auge del budismo, como el de los fundamentalismos, ya sean religiosos o nacionalistas, habla de los límites del consumo como utopía modesta. Parece que poco importa con qué objetos nos rodeamos o con qué cuerpos nos damos placer: la ausencia de trascendencia (dirán los espirituales) o de realización (retrucarán los agnósticos) está volviendo intolerable la vida.



"El budismo me enseñó a tener pensamientos positivos", confesó Tina Turner.

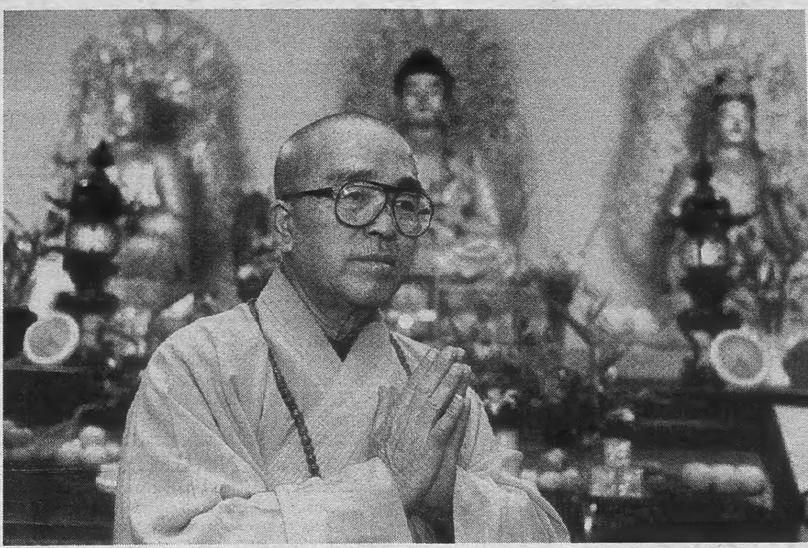
EL BUDISMO EXPLICADO A LOS NIÑOS

CONTRA EL MAL DEL MUNDO

EUGENIO TRIAS
(EL PAIS)

Dentro del ámbito cultural de la India posvédica, el budismo es acaso, dentro de las doctrinas o escuelas (*dharsanas*) heterodoxas, las que no reconocen el carácter sagrado de la revelación védica (budismo, jainismo, doctrinas materialistas), la que con el máximo rigor, o con la más sorprendente lucidez, alcanza a desvelar todos los entresijos de un *mal* que afecta y contamina a dioses, hombres y seres vivos en general. Una única ley infernal y fatal parece arrastrar a todos en una rueda de muerte de carácter *causal* que debe llamarse *samsara* (devenir derivado de los factores legales, o causales, *dharmas*, que producen un mecanismo imparable de culpabilidad y sufrimiento encadenado).

Pero, como dice Hölderlin, "allí donde arrecia el peligro / crece lo salvador". La revelación de la magnitud del obstáculo trae consigo el remedio salvador en forma de *iluminación*: una reflexión sapiencial o filosófica capaz de enunciar la buena nueva que permita curar las heridas de esa trágica censura. Tal constituye la palabra del Iluminado, o Buda: el discurso a través del cual enuncia las "nobles verdades" que permiten salvar el bache que produce el desencaje simbólico. Y que a la vez es capaz de indicar el "recto sendero" que permite escapar de la contaminación que ese *mal* detectado esparce por doquier.


El budismo vernáculo: el maestro Tsao Ting.

En el marco del pensamiento budista, el *mal del mundo* se engendra y perpetúa por las características mismas del mundo del devenir, del *samsara*. Afecta y contamina a hombres y dioses en la medida en que se hallan obcecados por el velo de *maia* de la ignorancia. Se detecta ese mal en lo que esa ignorancia produce y reproduce: la herida nunca cerrada del sufrimiento universal. Buda, o el Iluminado, es el testigo presencial que inviste, con rigor y lucidez inusitados, el *ethos* de quien sabe dar testimonio de ese mal que a todo afecta de contagio. Asume el papel de médico capaz de acertar en la sintomatología del mal, en su diagnóstico certero y en la *farmakon* que puede poner remedio al cuerpo enfermo, restableciendo su salud.

Ese remedio capaz de proporcionar salvación, salud, es la iluminación, la *gnosis*: el conocimiento que libera al afectado de la general *infirmitas* que provoca la ignorancia, con su cuota terrible de dolor siempre insistente y renovado. Se trata, antes que nada, de detectar ese mal, que es el sufrimiento universal. Luego, de analizar la causa que lo produce, la ignorancia, así como la razón explicativa de ambos, sufrimiento e ignorancia: el apego del "sujeto" a las formas de ese devenir, o a los *dharmas* que constituyen los factores que lo producen y reproducen. Apego al "mundo externo" que los órganos externos registran, pero también al objeto de los órganos internos, especialmente de la mente (*manas*). Ese objeto es, de hecho y de derecho, incesante devenir, *samsara*, por mucho que los órganos internos tiendan a velar ese carácter.

También la mente y el propio núcleo de identidad, o *atma*, se halla afectado por esos factores de inestabilidad radical, hasta el punto de que no puede en rigor hablarse de "identidad" del "sí-mismo". Todo queda resuelto y disuelto en un atomismo dinámico del puro sucederse y reproducirse de "instantáneas" fugaces que componen el universo del *samsara*.

Buda compara esa corriente con el incendio que se propaga en un bosque: en general es un incendio el devenir, y la pasión o el apego, con su cuota de deseo de placer o de voluntad de vivir que arrastra. Se trata de unas fauces voraces y devoradoras con hambre de vivir, ansia de perpetuarse, deseo de ser y voluntad de existir. Incendio es la vida y la existencia, sometida a la rueda tiránica del *samsara*. Este se renueva perpetuamente a través del calamitoso mecanismo que une casualmente los *dharma*, factores de existencia, con el *kharma*, vestigios de ésta que la reproducen sin cesar.

Por eso el único modo de librarse de esa propagación calamitosa del incendio consiste en generar pacientemente, a través del "óctuple sendero", bolsas de inmunidad, "claros" en ese bosque en llamas, paulatinos apagones que vayan preparando la general *extinción* de la hoguera de la existencia. Tal apagón o extinción es lo que ya en la literatura prebudista se conceptúa como nirvana (concepto que en el budismo adquiere plena carta de ciudadanía).

El *mal del mundo*, detectado y diagnosticado por el Buda, radica, pues, en la ignorancia. Y el remedio al mal, el acontecimiento de la liberación y de la salud, lo constituye el conocimiento, la *gnosis* iluminativa. Es la ignorancia la causa que produce y reproduce el sufrimiento.

Tal ignorancia radica en la general ilusión de atribuir entidad e identidad a las formas externas, a los nombres de éstas, pero también a los núcleos de intimidad del sujeto (en particular a su pretendido núcleo de aliento, el célebre *atma* de los *Upanishads*). Esa ilusión produce apego a las cosas y a uno mismo, y ese apego engendra y reproduce la voluntad de vivir, o el deseo de ser y de existir.

La *gnosis* desencadena un paulatino proceso, metódicamente estipulado ("óctuple sendero"), de apaciguamiento de la voluntad de vivir. El incendio del *samsara* puede entonces ser, poco a poco, controlado, lográndose al final su extinción radical, la que conduce al estado de nirvana (literalmenter extinción, "apagón").

El radicalismo y la coherencia geniales del Buda lo conducen a negarse a extraer consecuencias *positivas* en relación con la entidad de ese "estado de nirvana". Su crítica radical a toda entidad e identidad le impide dotar tal atributo (de ser, o de existir) a ese ámbito enigmático y sagrado. Le concede el más elevado y sacrosanto de los rangos, pero se niega a conferirle *realidad*. Ni afirma ésta ni la niega, sino que, de forma sorprendente, con clara conciencia metódica y pedagógica (hoy diríamos con "lucidez epistemológica"), responde con el silencio a las interrogaciones sobre la naturaleza y condición de ese nirvana. Como dirá algunos siglos después Wittgenstein: "De lo que no se puede hablar hay que callar".

Con su silencio quiere preservar y dejar a salvo, cobijado y resguardado, ese natural refugio, inmunizándolo de la esterilidad de las justas o de las ordalías dialécticas de los *brahmana*, características de los *Upanishads*. De hecho, sugiere así el carácter absolutamente *trascendental* y trascendente de ese nirvana en el cual, desde nuestra perspectiva, todo parece apagarse y extinguirse, pero también apaciguarse. En esa Gran Paz del nirvana nada de lo que reconocemos como *ser* ni como *existencia* se mantiene: ni siquiera el núcleo de aliento e identidad que constituye el *atma*.

En ese estado, todo, el todo, ha sido liminarmente *negado*, o afirmado en su calidad de inestable y caleidoscópico sucederse errático de *dharmas*: también la mente (*manas*), también el *atma*. Sólo subsiste, entonces, lo sagrado elevado a su máximo rango de santidad, depurado místicamente de todo roce y contacto con el cerco del aparecer, desprendido de toda subjetividad y atribución, por encima del ser y de su negación, y en una elevación jerárquica inconmensurable. Podríamos decir, acaso, que más allá de todo límite de lenguaje y mundo, en esa misteriosa trascendencia, sólo subsiste *lo místico*. Y podríamos añadir también: "De *ello* nada podemos decir (ni tan siquiera declararlo como nada, como *la nada*)".

SANTO POR ERROR

R.G.

¿Cómo explicar a un cristiano, un árabe o un judío un credo sin Creador? Porque Buda no fue un dios, sino un hombre. Tampoco fue un profeta sino un maestro. A él no se le elevan plegarias porque no puede atenderlas. Simplemente se lo venera.

Sin embargo, la fascinación del mundo cristiano por el budismo no es nueva, a pesar de las diferentes cosmovisiones. Al declinar la Edad Media, Dante y San Francisco de Asís admiraron a Buda, que nació cinco siglos antes de Cristo, tal vez sin saberlo. "Si hubiese sido cristiano bautizado habría sido un santo cercano a Dios", escribió Marco Polo, que sí supo de "El despierto" en sus viajes por la China. La Iglesia misma, por un error de traducción, hizo de Buda un santo, Joasaf, festejado el 27 de noviembre.

En el siglo pasado, los colonizadores que regresaban de Oriente trajeron nuevas noticias del extraño caso de este culto nacido de las palabras de un sabio, cuyos monjes se consagraban a la pobreza y la limosna y se obligaban a respetar toda forma de vida. Antes de diluirse en el charlatanismo, la Sociedad Teosófica que tanto fascinó a Roberto Arlt contribuyó en gran forma a la difusión del budismo en Occidente. También Nietzsce y Schopenhauer se contaron entre sus admiradores y, ya en este siglo, los científicos como Capra porfían que en la cosmovisión budista hay muchos puntos de contacto con la física cuántica.

En Argentina, el grupo Sur miró con simpatía al budismo y Borges escribió, en colaboración con Alicia Jurado, un breviario aún hoy fundamental para entender la relación entre el hinduismo antiguo y el giro que significaron las enseñanzas del Buda para que el hombre pudiera interrumpir la ineluctable cadena de muertes y reencarnaciones del samsara.

La última ola de influencia del budismo en Occidente comienza en 1959 con la invasión china y el exilio de los lamas tibetanos. Unos años después, los ex hippies que regresan de Katmandú y se suman a la galaxia new age hacen el resto.

FI

KYRA PAHLEN

Siddhartha, el hermoso niño recién nacido, envuelto en una resplandeciente tela dorada, había sido transportado hasta el claro por Mahaprajapati, su tía. Flor de Loto estaba junto a ella, con aire pensativo. Mahaprajapati, hermana de Maya, estaba en la plenitud de la vida y la belleza. Sus negros ojos permanecían fijos en el monarca, como si intentara adivinar sus pensamientos y emociones. Ella y Flor de Loto se hallaban a la izquierda del rey, pero el monarca estaba demasiado ocupado para fijarse en ellas. Las mujeres llevaban unos *dhotis* rosas y rojos y unos velos de seda bordados con hilo de oro; alrededor de sus cuellos colgaban unos collares de oro, incrustados con perlas.

El bebé, que yacía en el asiento del trono de piedra, en una esquina del anfiteatro, gorjeaba y reía alegremente, como si le satisficiera ser el centro de atención. El imponente trono estaba colocado bajo el pomarrosa más grande del bosque. Cuando el árbol estaba en flor, derramaba sus pétalos sobre el inmutable trono de piedra, mientras los árboles y la hierba se extendían a su alrededor.

La huesuda mano de Ashita, el tibetano, estaba apoyada sobre las dos cobras, el viejo símbolo del Mugsanga, el sello del valle del Indio. Marido y mujer, los reptiles constituían los símbolos de la ayuda que la Madre Tierra había prestado a Parshva, y se extendían en diagonal sobre su pecho. Ashita se dirigió al niño, lo cogió en brazos y lo sostuvo en alto. Siddhartha estaba envuelto en un resplandor dorado y clavó sus azules y vivarachos ojos en el oráculo. Ashita le examinó detenidamente piernas y brazos, los dedos, la textura de la piel...

–Es perfecto –sonrió satisfecho.

El rey miró a su hijo con ternura. ¡Mi hijo!, pensó. Es un niño sano, lleno de vitalidad. Sin duda me sucederá con honor. Me enorgullezco de ti. Seguirás mis pasos y probablemente serás más grande que yo. Sin embargo, jamás se le había ocurrido la posibilidad de que su hijo lo eclipsara. Suddhodana sintió una punzada de tristeza al pensar en Maya, su amor, su reina. Si aún siguiera con vida se sentiría orgullosa del pequeño, tan hermoso, tan desvalido, que había cautivado a todo el pueblo... ¿Por qué había tenido que morir al dar a luz? Era tan joven... ¿Por qué? Sólo cabía una respuesta: el karma. El rey bajó la cabeza para ocultar su dolor...

Ashita también se puso serio.

–Alégrate de que haya nacido –dijo a Suddhodana–. Está destinado a convertirse en el rey de reyes.

El rey sonrió complacido y su tristeza se desvaneció. ¡Lo sabía! Se había puesto las galas reales para celebrar tan dichosa ocasión. Llevaba un *dhoti* rojo –dos rectángulos de tela de algodón, uno drapeado alrededor de las caderas y el otro alrededor del cuello–, y en las manos lucía varios anillos de oro y rubíes. Sobre el pecho desnudo llevaba un hermoso collar de oro y coral, y alrededor de la cintura se había ceñido un cinturón de oro.

Ante el asombro de todos, los ojos del sabio se humedecieron y unas gruesas lágrimas empezaron a descender por sus mejillas.

–¿Qué sucede, Ashita? –le preguntó preocupado Asvapati.

EL PRINCIPE GUERRERO

Ashita se dirigió al rey y dijo:

–El destino de tu hijo es convertirse en el iluminado, en Buda, el que hallará la solución al dolor y al sufrimiento de la humanidad. Lloro porque no viviré para contemplar ese momento. Está escrito que en la mañana de la luna llena del mes de Vesaja, en el año de Bakta, había de nacer un niño. Y ese niño sería perfecto en todos los aspectos, física y espiritualmente...

Atónito, el rey trató de controlar sus emociones. ¿Qué significaban las palabras del sabio? ¿Que su hijo habría de convertirse en un monje? No, mi hijo ha nacido para gobernar, para ser mi heredero... Quizá fuera una maniobra de los brahmanes para conquistar el poder, pero no se atreverían a tanto... ¡No! El oráculo querrá decir otra cosa que no alcanzo a comprender. No permitiré que nada aleje a mi hijo de sus obligaciones como rey. ¡Jamás!

–¿Qué destino predices para mi hijo, oráculo? –preguntó el rey, tratando de contener su ira.

–No puedo responderte, señor –contestó el oráculo–. Si tu hijo elige el camino de la iluminación, los dioses se alegrarán y Brahma se inclinará ante él. Pero deberá renunciar a cuanto posee y dejar a su padre, su familia, su reino...

–¡Basta! –exclamó el rey Suddhodana, mirando a Asvapati con aire acusador, como si le reprochara sus nefastas creencias–. ¿Quién iba a renunciar a todo eso? –añadió señalando el palacio–. El hijo de Maya ha nacido para ser rey, para gobernar, para conquistar, para casarse y tener muchos hijos...

Asvapati trató de tranquilizar al rey.

–No debes oponerte a Brahma, tu sagrado deber...

–¿Mi deber? –estalló Suddhodana–. ¡No pronuncies esa palabra! ¡Soy el rey! Como monarca, puedo exigir lo que me plazca. Ni Brahma ni los dioses pueden negarme el derecho a tener una familia. ¡Mi hijo me pertenece!

Ashita miró al rey con tristeza. Luego le entregó a su hijo, que había permanecido muy tranquilo todo el rato, observando a su padre y al oráculo como si comprendiera lo que decían.

El oráculo había hablado y era hora de regresar al palacio. Pero antes, el rey Suddhodana miró de nuevo a Ashita, descendiente de hombres santos, y observó el poder que emanaba de toda su persona...

¿Y si el oráculo tenía razón?, pensó el rey. Eso significaría el fin de mi reinado. ¿Qué es esta extraña sensación que se ha apoderado de mí? ¿Acaso debería sentirme satisfecho? No, lo que siento es temor. A continuación, el rey dio media vuelta y se encaminó hacia la población.



Escultura del Buda acostado, en Tailandia.

Ni dios ni profeta, Buda fue un maestro –curioso para Occidente– al que no se le elevan plegarias sino que se lo venera. De eso da cuenta "Buda, el príncipe guerrero", libro de Kyra Pahlen que esta semana distribuye Espasa Calpe. Biografía novelada, para poder dibujar la figura la autora toma una serie de licencias artísticas –inventa al personaje Flor de Loto; hace ficticias referencias al Tíbet; imagina vestimentas; adelanta seis siglos la fundación de la Universidad de Taxila– que enriquecen el relato del que aquí se anticipa un fragmento.

Al cabo de una hora alcanzaron las murallas de la ciudad. El rey Suddhodana y su séquito atravesaron la población. Las calles estaban bordeadas de unas casas de piedra, de un solo piso; los pequeños comercios estaban agrupados según la profesión de sus propietarios. Los artesanos ofrecían sus productos a la gente. Las mansiones de los príncipes y de los ricos comerciantes ostentaban unas imponentes arcadas en la entrada y unos maravillosos jardines a través de los cuales soplaba la brisa nocturna. Los prolíficos patriarcas habían reunido a todos los miembros de su familia –hijos, nietos, padrastros, criados y esclavos– para expresar sus parabienes al nuevo heredero.

El rey los observó con calma; sabía perfectamente cuál era su poder. Los brahmanes se consideraban la clase dominante, pero el rey sabía que era el pueblo quien decidía, y el pueblo se apoyaba en él, un kshtriya, para que lo protegiera. La casta de guerreros defendía a la gente de los invasores, y siempre había sido así. Los rituales y oraciones de los brahmanes no infundían confianza a la gente.

El rey recorrió apresuradamente los pasillo de palacio, pasó frente a los aposentos de las concubinas, saturados de incienso, las oficinas administrativas y los salones de juego, donde se percibía el rumor de los dados sobre el suelo de piedra y los gritos de alegría o decepción. El rey sonrió. Cuanto más jugaran sus cortesanos, más impuestos irían a parar a las arcas del reino. Dejando atrás a su modesto séquito, el rey indicó aAsvapati que lo siguiera y subió por una larga escalera de piedra que conducía a la torre vigía.

Al llegar a la cima de la torre, situada a casi treinta metros del suelo, Suddhodana sonrió. Observó los rayos del sol que bañaban las fértiles tierras de su reino. Contempló satisfecho la espesa selva verde que se extendía al sur, que proporcionaba a los campesinos madera con que construir sus casas y sus arados. Hacia el norte se elevaba la impresionante cordillera del Himalaya, con sus picos coronados de nieve, brillando como piedras preciosas bajo el sol. Hacia el este y el oeste se extendía la inmensa planicie del Ganges, el prodigioso río, con sus múltiples tributarios que atravesaban las verdes llanuras como serpentinas plateadas.

El monarca estaba preocupado por su país. Era pequeño, situado entre el poderoso reino lunar de Josala, que se alzaba hacia el oeste, y el pacífico e inmenso reino de Magadha, al este. Los dos reinos rivales aspiraban a ensanchar sus fronteras.

Su país necesitaba un soberano fuerte que los protegiera de sus vecinos.

–Asvapati –dijo el rey, señalando el paisaje que se extendía ante ellos–. Mi hijo debe convertirse en conquistador de los dieciséis reinos que nos rodean.

El brahmán guardó silencio, confundido por los pensamientos que le rondaban por la cabeza.

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Como agua para chocolate,* por Laura Esquivel (Mondadori, 15.90 pesos).	1	20
2	*La edad de la inocencia,* por Edith Wharton (Tusquets, 16 pesos). Reedición –en cuya portada se ve una imagen de la película que Martin Scorsese basó en la novela– de la historia del fin de las convenciones sociales aristocráticas en la Nueva York de fines del XIX, como fondo de una gran pasión de amor.	3	6
3	*Cuentos de los años felices,* por Osvaldo Soriano (Sudamericana, 15 pesos).	4	17
4	*Lituma en los Andes,* por Mario Vargas Llosa (Planeta, 17 pesos).	5	12
5	*Persecución,* por Sidney Sheldon (Emecé, 10 pesos).	2	13
6	*Río sagrado,* por Wilbur Smith (Emecé, 22 pesos).	7	19
7	*El fin del verano,* por Rosamunde Pilcher (Emecé, 11 pesos). June decide dejar a su padre, con quien vive en California, para viajar a Escocia y redescubrir un pasado que le fue vedado.	–	1
8	*Un campeón desparejo,* por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 12 pesos).	6	9
9	*Sin remordimientos,* por Tom Clancy (Plaza/Janés, 29.50 pesos)	10	9
10	*El año de la muerte de Ricardo Reis,* por José Saramago (Seix Barral, 18 pesos). La novela narra la relación entre el poeta portugués Fernando Pessoa y Lisboa en la Europa de los años treinta.	–	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los más inteligentes chistes de gallegos,* por Pepe Muleiro (Planeta, 10 pesos).	7	9
2	*Usted puede sanar su vida,* por Louise L. Hay (Urano, 11.80 pesos).	3	136
3	*Breve historia de los argentinos,* por Félix Luna (Planeta, 18 pesos).	–	5
4	*Elogio de la culpa,* por Marcos Aguinis (Planeta, 17 pesos). El autor rescata la culpa como elemento fundamental en la conformación de la estructura de las sociedades y del hombre, haciéndola hablar en primera persona sobre sus conflictos sociales.	1	12
5	*Hace la Corte,* por Horacio Verbitsky (Planeta, 22 pesos).	2	17
6	*Narcogate,* por Román Lejtman (Sudamericana, 19 pesos).	5	12
7	*La llama doble,* por Octavio Paz (Seix Barral, 16 pesos). Subtitulado Amor y erotismo, el ensayo traza un recorrido del sentimiento amoroso a través de la historia, desde la memoria mítica hasta nuestros días.	–	1
8	*El tamaño de mi esperanza,* por Jorge Luis Borges (Seix Barral, 15 pesos).	9	11
9	*Curas sanadores,* por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos).	4	17
10	*Borges: una biografía,* por Horacio Salas (Planeta, 17 pesos). Borges y un recorrido por su vida desde su nacimiento en 1899 hasta su muerte en 1986, pasando por su infancia en Palermo; su adolescencia europea, el mundo literario de los 20, la polémica Florida-Boedo, los primeros libros y sus últimos años.	–	1

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Gandhi, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica, Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

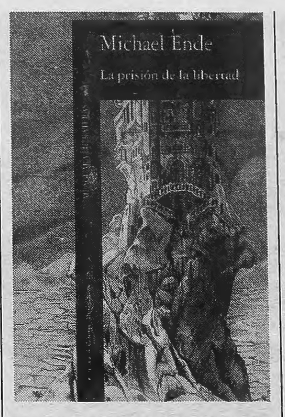
Mariano Plotkin: **Mañana es San Perón** (Ariel). Economista e historiador, Plotkin se doctoró con una tesis dirigida por Tulio Halperín Donghi sobre el tema de este libro: el estudio de los mecanismos generadores de consenso político –activo y pasivo- y movilización masiva que el Estado creó durante el peronismo.
Susana Silvestre: **Mucho amor en inglés** (Emecé). Humor, acidez y exactitud en el relato de las peripecias de una mujer que, además de representar los conflictos habituales de su sexo –matrimonio, divorcio, maternidad, trabajo y sus neurosis consecuentes–, fue joven en los agitados años 70.

Carnets///

FICCION

Ilusión de realidad

LA PRISION DE LA LIBERTAD, por Michael Ende. Alfaguara Literaturas, 1994, 212 págs.



Michael Ende es un reconocido escritor alemán que, a partir de la publicación de *La historia interminable*, desbordó la esfera de la recepción infantil o juvenil. Cuando se trata de estos casos, en los que se traspasa las fronteras que dividen la literatura infantil de la literatura para adultos, se recurre invariablemente a los nombres de Jonathan Swift, con su Gulliver, por ejemplo, o a Lewis Carroll, con su Alicia; en la literatura argentina, la apelación habitual es a la excursión ranquelina de Lucio V. Mansilla, quizás porque los indios funcionan entre nosotros como la propia irrealidad.

En el caso de Michael Ende, no hay un movimiento de infantilización, sino un desplazamiento de sentido contrario: Ende alcanza al público adulto y a él se dirigen sus últimos libros.

Las líneas de continuidad en su obra tienen que ver con la persistencia de un mundo onírico o fantasioso, que reaparece en los ocho cuentos de *La prisión de la libertad*; sólo que no con la armónica convivencia de lo maravilloso, sino con la enigmática tensión de lo fantástico.

Ende trabaja con particular habilidad cierto tipo de situaciones: una espera en la que no se sabe qué es lo que se espera, un viaje cuyo principio se ha olvidado y cuya meta se ignora, o una cárcel que en verdad no retiene al encarcelado y hasta lo invita a escapar.

Estas situaciones funcionan como motores de los relatos de Ende. Entre ellos, hay dos que se destacan especialmente en *La prisión de la libertad*: "La meta de un largo viaje" y "Las catacumbas de Misraim". En el primero, se narra el pasaje de la irrealidad de la imagen de un cuadro a la realidad en la que esa imagen se materializa: en el viaje de búsqueda se crea el objeto de la búsqueda. En el segundo, se presenta un sombrío mundo de catacumbas, cuya exterioridad luminosa no se sabe si efectivamente existe o si es sólo una ilusión. La omnipresente voz de un Gran Jefe controla a los habitantes del pueblo de las sombras, quienes, merced a los narcóticos que anestesian sus sufrimientos, se conforman anodinamente con el mundo que ven. Fascinante cruce de los universos de George Orwell y de Aldous Huxley con el mito de la caverna de Platón, el cuento sólo decae cuando la alegoría pierde mediatización y explicita un tanto su sentido político.

Se destaca también el trabajo de Ende con la extrañificación de espacios, en una secuencia que abarca tres relatos: el primero de ellos ("El pasillo de Borromeo Colmi", que fue publicado como adelanto en este suplemento) presenta un pasillo cuyo otro extremo nunca se alcanza; otro, una casa cuyo interior es a la vez inexistente e infinito; el restante, un automóvil muy pequeño por fuera, pero casi infinito por dentro: un automóvil que lleva dentro su propio garage.

Los sueños, las imágenes, las ilusiones, ven desvanecerse sus diferencias con las certezas de la realidad; el absurdo y la lógica se confunden, y en esa atmósfera ambigua *La prisión de la libertad* logra su indudable eficacia literaria.

MARTIN KOHAN

BIOGRAFIA

Escatología del poder

RIBBENTROP, por Michael Bloch. Vergara, 1994, 516 páginas.

La porquería humana existe, a menudo disfrazada bajo formas elegantes, seductoras y exitosas de dama o caballero. Una de ellas fue el ministro de Relaciones Exteriores de Hitler entre 1938 y 1945, Joachim Ribbentrop (*Von* Ribbentrop según un autoaditamento destinado a ennoblecerlo) y por una vez se hizo justicia: murió, además lentamente, colgando de una soga al cuello en Nuremberg. Hay algo de vértigo pornográfico en asomarse a la historia personal de Ribbentrop, un tipo de persona que los sabios y pacíficos indios yamanas habrían definido con la palabra *mualedagona*, que significa "persona sucia o inmoral que afecta la virtud".

Ribbentrop era un asco de suyo, pero además casó con una mujer asquerosa, aficionada al poder, el lujo, la jerarquía; "una ambiciosa que llegó a dominarlo por completo", "un auténtico genio perverso"; "evocaba a Lady Macbeth, que incitaba a su esposo a ejecutar actos que no correspondían con su naturaleza", dicen quienes tuvieron el placer de conocer a Annelies Henkell. Ribbentrop colgó, pero como era costumbre en el horrible mundo machista nadie molestó a Annelies, el verdadero poder en la sombra dentro de las bicéfalas propiedades del matrimonio.

El repugnante Ribbentrop era "un hombre estirado, tedioso y sin humor" y además de una irritante vanidad –según el propio Hitler, a quien el excremento puesto a ministro adoraba al punto de caer enfermo durante varios días cuando el histérico Hitler (quien según Curzio Malaparte, en realidad era una hembra) lo despreciaba. Este "hombre de estatura mental muy reducida, y lo que era más, un hombre más bien ridículo", describió buena parte de su penosa parábola en el planeta en torno de los judíos: nazi muy tardío, el acaudalado ex empresario importador y exportador de vinos tuvo muchos amigos judíos a los que traicionó para hacerse uno de los más furibundos y verborrágicos antisemitas de la Alemania nacionalsocialista, pero cuando el psicólogo Gustav Gilbert lo estudió en la cárcel de Nuremberg, comentó: "Ribbentrop está convirtiéndose poco a poco, en su propia fantasía, en el principal defensor de los

LANZALLAMAS

Psicoanálisis y bolero

Todo un festival del inconsciente, con bailongo incluido, resultó la presentación (o reaparición) de la revista *El Murciélago*, medio que años atrás supo expresar el ideario de Oscar Masotta y que hoy vuelve como vocero del Centro Descartes, que lidera el psiconalista y escritor Germán García. Creado hace dos años por el psicoescritor, el centro es uno de los principales lugares de investigación y difusión de los fundamentos del psicoanálisis y sus alrededores, desde una perspectiva lacaniana.

Dirigida por Beatriz Gez, miembro del directorio de la entidad y coordinadora del área de clínica e investigación del Instituto de Educación Especial Macedonio Fernández, y con el asesoramiento especial de García, este primer número de la revista recoge la mayoría de las conferencias y trabajos realizados durante el ciclo 92-93. Algunos de los temas del sumario –en general para iniciados– versan sobre "Mujeres en el teatro de Eurípides: Medea, Fedra y Andrómaca" de Victoria Julia, directora del Ateneo de Estudios Humanísticos Lorenzo Masciliano; "Sobre la teología negativa o apofática" del profesor de ciencias teológicas Juan Adot; "Lectura de los cursos de Jacques Alain Miller" (el yerno de Lacan); "¿Qué quiere una mujer?", de la psicóloga Graciela Ortiz Zavalla; "Deseo y deser en Ausías March", del analista catalán Miquel Bassols, y hasta un resumen del coloquio que el centro realizara a fines de 1992 sobre el tema "Tratamientos del amor en la Argentina" (de José Ingenieros a Tomás Abraham) que culminara con "El flechazo", un ágape a medianoche que hizo suyo al bolero.

Regado por champagne (de "regular calidad" se quejaban algunos murmuradores), coca cola y vino blanco, y arrullados por las melodías de Luis Miguel, el casi centenar de presentes participó activamente, y por pedido expreso de García, del evento. Oradores hubo varios pero la atención de los concurrentes se concentró en García, discípulo dilecto de Masotta y auténtico vapuleador de cerebros de quien Miller ha escrito que "es alguien que no se economiza, que se da, que tiene por eso cierta falta de reserva que a veces molesta a los fóbicos". Acertada descripción que los invitados pudieron corroborar cuando García, luego de enterar a los presentes que había abandonado una promisoria carrera literaria a favor del psicoanálisis, no se privó de aporrear la práctica de dicha especialidad en el país.

Enfundado en un traje beige y cámara de fotos en mano, al mejor estilo "japonés" según sugirieron algunos de sus acólitos, el máximo inspirador de Descartes inmortalizó cada minuto del evento, especialmente aquel en que una analista con voz de soprano, a la que se pudo oír pero no todos vieron, la emprendió a capella con lo mejor de nuestra música ciudadana, destacándose con "Naranjo en flor" y "Uno".

Entre los presentes el director de Catálogos, Horacio García, y su mujer la psicoanalista Graciela Musachi miembro del centro; el analista –"de seres humanos" acotó alguien– Horacio Leserre y la escritora Hebe Uhart. La musicalizada presentación concluyó bien de madrugada con García bailando un tango con su cónyuge –de acento español– mientras que unas manos anónimas, ensañadas con el error que se visualizaba en el cartel que anunciaba el evento como "Sábado 5 *prestación* de la revista *Descartes*", habían agregado "Domingo 6 devolución de la revista *Descartes*".

SYLVINA WALGER

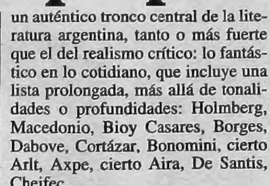
Con peso propio



EL SAMOVAR DE PLATA, por Eduardo Stilman. De la Flor, 1993, 140 páginas.

Nacido en 1938, el autor fue conocido y reconocido en su momento por la prodigiosa tarea de selección, edición y en numerosos casos cuidada traducción de autores como Swift, Bierce, Nodier, Jarry, Lewis Carroll o Allais en sus ediciones Brújula. El perfil de aquella empresa tenía mucho que ver con el lugar marginal que ocupaban esos textos o autores respecto de un tronco central de la literatura americana o europea del último par de siglos.

En principio el clima y el tono de *Jugar a ciegas* y *El samovar de plata,* los dos últimos libros de Stilman, parecen publicarse en un margen semejante. Lo central es aquí la vida cotidiana de Buenos Aires y en especial de sus zonas idiosincráticas carcomida por lo fantástico. Ocurre sin embargo que con esa elección de espacio literario, Stilman se ubica en



un auténtico tronco central de la literatura argentina, tanto o más fuerte que el del realismo crítico: lo fantástico en lo cotidiano, que incluye una lista prolongada, más allá de tonalidades o profundidades: Holmberg, Macedonio, Bioy Casares, Borges, Dabove, Cortázar, Bonomini, cierto Arlt, Axpe, cierto Aira, De Santis, Chejfec.

Como ocurre con frecuencia en esos autores, con la solitaria excepción de Borges, la mayor eficacia expresiva de Stilman aparece cuando los dos elementos –lo normal y la transgresión a la lógica– tienen más o menos el mismo peso. O cuando el desplazamiento se produce apenas en la desmesura: un ejemplo clásico es "Persecución" en *Jugar a ciegas,* donde la simple insistencia paranoide de una suscripción gratuita a *La Gaceta de Tucumán* constituye el escándalo, subrayado por el recuerdo y el humor para quien haya sufrido el dulce tormento en la realidad, como el que esto escribe.

Algo semejante ocurre en este libro con "Monos en la cara", un texto que corporiza a la perfección la condena perceptiva de los usuarios del subte: el cruce de miradas colgadas entre el vacío absoluto y la adjudicación de sentidos metafísicos. En ese sentido el cuento es un digno sucesor del "Omnibus" de Cortázar. O con "Cerrar podrá tus ojos", donde un amigo condena al sobreviviente a repetir su recorrido existencial, aunque unas líneas ajenas finales lo acerquen a la alegoría y lo alejen de su hasta entonces rendidora ambigüedad.

A medida que se avanza, se vuelven nítidas las virtudes de Stilman: en particular la fluidez con que avanzan argumentos a veces sutiles o complejos, encabalgados en un estilo que le debe una parte a la experiencia de un excelente traductor, y otra a una digestión personal de abundantes lecturas locales y foráneas.

Hay sin embargo una decompensación en la estructura misma del volumen. El azar del índice hace que varios cuentos basados en acumulaciones de imágenes "aléphicas" se continúen uno tras otro en la segunda mitad ("La muerte de Charlie Chan", "Una mancha de tinta", "Besar a María"), produciendo una saturación aglutinante muy distinta del equilibrio conjunto previo, donde están los textos que hacen de Stilman un autor con peso propio.

ELVIO E. GANDOLFO

...

judíos en el Tercer Reich". Tras leer su biografía, se llega a la sorprendente conclusión de que una de las pocas cosas dignas que hizo en su vida fue marchar a la horca con cierta honra (no sin antes haber hecho el ridículo en la prisión y en el juicio).

Hay algunas razones válidas (más allá de las perversiones antifascistas) para leer *Ribbentrop,* y una de ellas es que si en algo cabe esperar que el Tercer Reich perdure mil años, es en sus profundas enseñanzas acerca de la inagotable capacidad de muchos hombres y mujeres de nuestra especie para transformarse en excrementos, y de cuánto tiene que ver "el poder" en ello. Enseñanzas aplicables incluso en la más pacífica y remota republiqueta sudamericana, también más allá de la política.

El libro de Michael Bloch contiene un indudablemente germanio, elemento que en la Tabla Periódica de Mendeleief es adyacente al galio, aunque de naturaleza muy distinta. También es adyacente, del otro lado, al arsénico: el elemento más tóxico de los 105 que componen la Tabla. Lamentablemente, en algunos capítulos contiene cantidades apreciables de plomo. Lectura recomendada si usted gusta de este tipo de pornografía, o para descubrir cuántos "ribbentropitos y ribbentropitas" existen cerca del "poder" de cualquier naturaleza, sobre todo en los períodos de paz –quizá porque no se corren tantos riesgos de terminar ajusticiado.

DIEGO BIGONGIARI

FICCION

El pasado no muere

LA CASA DEL TERROR, de Dean Koontz. Emecé, 1994, 286 páginas.

Dean Koontz escribió *La casa del terror* –a instancias de una editorial de tapas blandas y títulos duros– sobre la base de un guión de Larry Block, llevado al cine por Tobe Hooper, un cineasta joven y sanguinolento cuyo antecedente había sido un despacho de fiambres de pésima atención al público: *La masacre de la sierra eléctrica.*

Autor de más de cincuenta novelas donde el horror es la atmósfera que mejor le sienta al ajuste de cuentas familiar, Koontz combina los elementos del género con una astucia que lo sitúa más del lado de lo cinematográfico que de lo novelístico. El predominio del zombie campea la novela de cabo a rabo, cediendo una estructura común a los personajes de terror y al relato; la del retorno de lo reprimido. La resistencia de las criaturas que asuelan *La casa del terror* es lo que regula su tensión y lo que convierte a sus víctimas en héroes, en administradores de una justicia que se ejecuta con un pie en la tierra y otro en el cielo.

En las novelas de Koontz, las madres son pérfidas y los padres son empleados de las madres, y ese dispositivo de opresión que se extiende a través de un lenguaje educativo es el lado realista de un género que explota lo sobrenatural presentando los cuerpos como fenómenos y las almas como abstracción tóxica. En *La casa del terror* no hay lugar para la normalidad, lo diferente es concebido como existencia ordinaria a lo largo del relato. La cópula y también los espejos (el escenario es un parque de diversiones) son esas cosas abominables a través de los cuales los hombres se deforman.

En medio de tanto desarreglo, Koontz se las ingenia para incluir en su relato un humor fuera de lugar que tiene el aire de un chiste sobre muertos contado en un velorio. Ese desajuste, esa nueva anomalía, neutraliza la solemnidad de la violencia y convierte en rojo la sangre derramada.

Dean Koontz habla en *La casa del terror* sobre las vueltas que tiene la vida. El pasado no muere y la memoria –enemiga de la conciencia– trae las sorpresas que siempre depara ver un fantasma en tren.

JUAN JOSE BECERRA

FICCION

La heroína conocida

LAS HILANDERAS DE LA LUNA, LOS SABUESOS DE LA MUERTE y **MAGIA NEGRA,** por Mary Stewart. Ediciones B, Grupo Z, 1993, 450, 440 y 502 páginas.

Si hay algo que las novelas de Mary Stewart dejan al lector es cierta sospecha de que no toda ficción soporta los avatares del tiempo, y que ni siquiera los personajes, y sobre todo, ciertos modos de narrar y manejar la tensión del relato, escapan al envejecimiento.

Seguramente, cuando esta señora inglesa escribió *Las hilanderas de la luna* en 1962, *Magia negra* en 1964 y *Los sabuesos de la muerte* en 1967 no imaginó que serían editados como novedad en otras tierras y otra lengua en 1993, cuando las vicisitudes turísticas de una moderna joven inglesa por lugares de "ensueño" ya no ponen nervioso a nadie. Al lector le queda el recurso de la sonrisa frente a sus andanzas por tierras extranjeras, y cuando se satura de tanta inocencia –felizmente perdida– en la voz que habla y en los ojos que miran y no se cansan de describir, empieza a preguntarse qué es lo que la distancia literaria torna insostenible en la lectura de las novelas de Stewart.

En primer lugar, la heroína impecable, y como consecuencia de su mente y de su andar, su encuentro siempre fortuito y gratuito con el peligro y las soluciones elegantes que siempre consigue darle, sin posibilidad alguna de que la marquen. Permanece idéntica, con el mismo estado de ánimo con que se largó a la aventura, a lo largo de toda la extensión de las novelas. En las tres, ella es la misma, aunque tenga distinto nombre de mujer y modos placenteros de ganarse la vida; lo suficientemente audaz para elegir los lugares de vacaciones, aunque siempre tenga cerca un miembro de su familia. Anda sola por ahí, fundiéndose mágicamente con el paisaje que invita a la aventura. Ante el peligro –que en las tres novelas tiene rostro masculino– no se asusta sino que se enoja, porque detrás de él hay otros hombres buenos a quienes ayudar. Entre estos últimos siempre encuentra al muchachito amado que la socorrerá (no olvidemos que después de todo es mujer) cuando la situación se torne en intento de homicidio.

A Mary Stewart le gusta moverse en la ficción que ha hecho de los lugares exóticos el escenario de misterios. Así lo enigmático no es sólo una maldad que hay que desenmascarar, sino también el paisaje, las costumbres y leyendas del lugar que acechan la confianza de la heroína.

Pero el riesgo no llega ni siquiera a rozar al lector, justamente por el hecho de que es ella, y no él, la que descubre a los sospechosos, ya desde la mitad de la novela. Para colmo, en la mayoría de las veces la joven no se habrá equivocado, y el rostro que se ocultó ante su mirada, o la sombra que se escurrió ante su paso, o el temblor de duda que le pareció escuchar en una voz, o los ojos negros que miraron para otro lado, escondían en serio una fechoría.

GABRIELA LEONARD

El otro HORACIO QUIROGA

SE PUBLICAN SUS ESCRITOS DESCONOCIDOS

Con el título de "Los `trucs' del perfecto cuentista", Alianza publicará una serie de trabajos periodísticos de Horacio Quiroga que muestran un aspecto desconocido del autor de "Cuentos de amor, de locura y de muerte". Entre ellos, el que aquí se reproduce, titulado "El impudor literario nacional", aparecido por única vez y bajo el seudónimo de Aquilino Delagoa en la revista El Hogar del 30 de diciembre de 1921.

Horacio Quiroga LOS "TRUCS" DEL PERFECTO CUENTISTA y otros escritos

HORACIO QUIROGA

Cuando mi buena estrella me pone en los bolsillos diez centavos que puedo gastar sin mayores trastornos económicos, suelo detenerme ante los carteles que en cada calle del centro anuncian la producción literaria nacional. Hago esto con reposo e íntimo orgullo de ser, al fin y al cabo, compatriota de los autores ensalzados. Mi pasmo es siempre grande, y mayor aún mi indecisión. Yo quiero leer, ciertamente, y comprar una novela nacional. ¿Pero cómo orientarme, a cuál dar la preferencia?

Leo, por ejemplo, en el mismo zócalo del almacén: "*El niño*, por el más genial de los brillantes autores jóvenes...".

Más arriba:

"¿Quién desea, por poco precio, el vestido de una mujer hermosa? Leed *La mujer desnuda*, del más insigne de nuestros literatos."

Más arriba aún:

"Podrán perderse el amor, el honor, la dignidad, la vergüenza, el pudor y el arte mismo; pero vivirá siempre *Bombón barato*, del celebérrimo novelista..."

Todavía más alto:

"La muerte del presidente Irigoyen. Sólo un clamor semejante puede compararse al que levantará la novela *La percantita llorona*, del ya consagrado genio"...

Y contra el cielo mismo, por fin, a través de toda la calle:

"*¡Contrato monstruo!* El más grande de los novelistas geniales contemporáneos"...

Todo esto es lo que leo en cada esquina de cada calle del centro, y mi pasmo aumenta. ¡Pensar –me digo en voz baja– que uno vive con un ente entre todos estos hombres de genio, sin notarlo siquiera! Y leo entonces las extraordinarias obras de estos autores. Pero ¡ay de mí! Leo, y no encuentro, busco y no hallo. ¿Puedo yo, por pobre diablo que sea, equivocarme tan profundamente sobre esas novelas? Yo he leído a Homero, a Shakespeare, a Tolstoi, si bien, como lo he dicho, sea yo un pobre hombre. Pero así y todo he sentido el soplo de genio que pasa por sus obras. Y en las obras nuestras, anunciadas también como geniales, no he sentido realmente soplo alguno. Y son genios sus autores, ciertamente, porque así lo aseguran los carteles; y quiero creer que dichos autores han leído –y consentido, desde luego– la impresión de los mismos.

Entonces –medito– esos jóvenes no tienen genio y lo saben y redactan o hacen redactar los anuncios a guisa de simple propaganda comercial, tal como me lo explica cumplidamente un joven que me honra con su amistad, y que aunque no ha escrito hasta ahora novelita alguna, lo hará de seguro.

–¡Con buenas me viene usted! –me ha dicho burlón el futuro genial novelista–. ¿Desde el fondo de qué época nos viene? ¿Usted es de los que creen todavía en la torre de marfil, el arte por el arte, y todas las pamplinas que hicieron morir de hambre a los escritores? No, amigo. Eso ya pertenece al pasado. Con el último novelista que usó de almohada los doscientos cincuenta volúmenes de su edición íntegra, murió también la tontería de sus descendientes. Un libro es un producto en venta, ¿si o no? ¿Aspira su autor a vivir, cueste lo que cueste, de su literatura, o escribe solamente por escribir? Es un libro o un artículo comercial, una mercancía a colocar, o no es nada. Es una mercancía, claro está, expuesta en los escaparates y en los quioscos, para la cual usted solicita comprador. ¿Entendido? Luego, pues, anuncie su producto, si quiere que se venda. ¿No quiere que se venda? No lo exponga, imprima su libro y ofrézcalo gratis. Pero usted no pretende esto, sino venderlo. ¿Y cómo anuncia y propicia usted la venta de una mercadería? Con carteles, muchos carteles y letreros detonantes: Jabón "Klic-Klic", la maravilla de los jabones... Use usted el cepillo de dientes "Papirusa" único en el mundo... ¡A todas las madres! Si no queréis ser causantes de la muerte de vuestros hijos, limpiadlos con la esponja "Sin Rival"...; y aun la forma imperativa: "¡No más calvos!" que se traduce por "¡Lea usted tal cosa!" ¿Percibe usted? Así es como se anuncia una mercadería que se quiere vender. Y un libro, amigo mío, que debe darle a usted para vivir, pues de otro modo no es negocio, es apenas una esponja, un jabón o un cepillo de dientes... ¿Su libro es sólo un modesto libro, y usted no lo ignora? ¿Y pretende asimismo vender cien mil ejemplares? Pues entonces, fije usted carteles que adviertan en grandes letras: "¡Cuidado; la esponja `Sin Rival' está infectada!... El cepillo `Papirusa' hace caer los dientes... ¡El jabón `Klic-Klic' ensucia lo que estaba limpio"... Magnífico reclamo, ¿verdad? Pues tal éxito obtendrá si permite que el público se entere de que su libro tiene el pobre valor que usted mismo le otorga. Y no venderá un solo ejemplar. Y como usted ha elegido el oficio de escritor para vivir de él, y no para que él lo mate, anuncie y insista en carteles sucesivos: "El famoso novelista... Del genial escritor... *Contrato monstruo*"... Como el público pide siempre rebaja, comprará su libro, desconfiando de que usted sea tan gran escritor. Acaso también tire su novelita apenas comenzada su lectura; pero usted ya habrá colocado a diez centavos un producto que le costó cuatro, y aquí está el éxito de su oficio. ¿Entendido?

Yo no entendí nada, ciertamente, y abandoné a mi triunfante amigo. Pero camino de casa iba pensando, aunque no sin recelo:

¿Es posible que un libro, una novela, una obra de arte, en fin, no sea otra cosa que un mondadientes patentado, una gomina excelente o una turbia pasta de jabón? ¿No existe diferencia entre un hombre cuya misión es crear belleza, y un engrudador de paredes, a tanto el ciento? ¿No hay algo a que pueda llamársele vergüenza, que haga titubear la mano de un joven no viciado, cuando se anuncia a sí mismo como un Shakespeare? ¿No existe en los jóvenes escritores una pizca de pudor artístico, cuando al final de sus pobres y fáciles palabras, anotan ellos mismos: "Obra genial, digna de Dante"?

Continúo triste con estos pensamientos, hasta llegar a casa. Y al tropezar con mi hermana le digo:

–¡Oh hermana! Si fueras hermosa, verdaderamente hermosa, ¿pasearías por la calle con grandes letras en el vestido anunciando tu belleza?

Mi tierna hermana se ruboriza de placer.

–¡Oh, Aquilino –me responde–, si fuera hermosa como dices, no sé qué haría!...

–Pero eres fea y lo sabes, pobre hermana. Y fea y todo, ¿te atreverías a anunciar con iguales letras e igual vestido, una belleza que no tienes?

–¿Yo? ¡Ah, eres cruel! –me dice llorando amargamente.

¡Gracias a Dios!, me digo entonces alejándome. Por lo menos en una muchacha fea se hallan la vergüenza y el pudor que no encontraba en aquéllos.

PUNTO DE VIRAJE

SUSANA CELLA

La figura del escritor uruguayo Horacio Quiroga suele estar asociada a una imagen y a un género: una suerte de aventurero que se instala en el corazón de la selva misionera, y el fundador, en el ámbito de la literatura rioplatense, del cuento moderno. La recopilación de artículos periodísticos publicada recientemente por Alianza Editorial bajo el título de *Los "trucs" del perfecto cuentista*, realizada y prologada por Beatriz Colombi y Danilo Albero Vergara, reafirma, por un lado, la sostenida preocupación de Quiroga en cuanto a la narrativa breve, pero abre, por otro, una faceta que lejos de la selva, se vincula con lo que acaece en la ciudad en transformación de principios de este siglo.

Escritos en un período que va de 1899 a 1930, los artículos de Quiroga ofrecen un material heterogéneo, no sólo por los diversos temas que tratan sino también por los medios en que aparecen. Desde los iniciales, en *La revista del Salto*, que el mismo Quiroga dirigía según sus propias pautas y credo estético, hasta publicaciones de amplia difusión y temas variados como *El Hogar* o *Caras y Caretas*, incluyendo artículos para el diario *La Nación*, es decir, un lugar privilegiado de la cultura oficial.

Quedan así expuestas en todo su espesor las polémicas culturales que atravesaron esos años, precisando entonces un punto de viraje. En ese lugar difícil se sitúan los textos de Quiroga. Los lastres decimonónicos que atestiguan los artículos de *La revista del Salto*, donde tiene peso fuerte el modernismo, van transformándose, en un proceso de interrogación y búsqueda, cuando, como en una suerte de simultánea vidriera, se le presentan los rasgos cambiantes de este siglo. Por eso punto de viraje, y por eso también ambivalencia, en cuanto en sus escritos muestra una deuda con lo que se está convirtiendo en pasado –Lugones, el modernismo– al tiempo que pelea con visiones más retrógradas: "Toda tentativa de mostrar nuevas lontananzas, toda idea audaz que, presintiendo una nueva aurora, trata de hacer desviar la vista de aquellos paisajes impuestos ya por la obcecación de una constante dirección de ojos, será rechazada por extravagante, absurda e individual".

El punto nodal es la cuestión del oficio, en dos vertientes: en tanto modo de ganarse la vida, trabajo arduo y mal pago, pero también, y quizá principalmente, en tanto artesanía de la palabra, no en vano las citas de los diálogos entre Maupassant y Flaubert. La precisión requerida para dar con la expresión justa, despojada del adjetivo inútil, con la exacta construcción de la trama, se reitera en la enumeración de las "condiciones" del cuento. La palabra "trucs" que utiliza habitualmente hasta convertirla en "trucos", se aleja de lo que podría considerarse "consejos" o "máximas", para centrarse en la fabricación del texto, tan lejos de la sumisión a reglas preestablecidas como de la expresión de una subjetividad acrítica.

El interés de Quiroga por autores como William Henry Hudson o Joseph Conrad traspasa el marco del relato de aventuras para iluminar otra zona: la situación de quienes se encuentran en el filo de dos lenguas, dos tradiciones, dos espacios. La visión descentrada, oblicua que estos escritores promueven deshace cualquier "naturalidad" escrituraria o cualquier filiación costumbrista para construir una épica moderna. Que, podría pensarse, se cumple en el Quiroga que se debate entre la feroz sequía y la incesante lluvia misionera lo mismo que entre las exigencias del ámbito urbano.